NUM. 16. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 16 DE ABRIL DE 1865. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO IX.

REVISTA DE LA SEMANA.

La revista de esta semana deberíamos llamarla revista fúnebre.

Nuestros lectores se hallarán ya enterados de los sucesos de esta córte en los últimos dias.

Por fin la tranquilidad quedó completamente restablecida el martes, y los templos han sido insuficientes para contener al piadoso concurso que el Jueves y Viernes Santo han acudido á conmemorar los terribles y dolorosos misterios de la redencion del hombre y de la muerte del Señor, sin que hayamos tenido noticia de que el menor desman haya turbado la santidad de actos tan religiosos.

El tiempo, que el jueves amaneció verdaderamente primaveral, se encapotó á poco, y por fin se decidió en lluvia formal, lo que fue causa de que bastantes se retrajeran, esperando que el viernes se levantaria algun tanto el temporal, que siguió lo mismo.

Los monumentos se encuentran decorados en su mayor parte con la grave magestad que conviene al sublime recuerdo que encierran: la iluminacion es profusa, y atestigua que la caridad de los fieles madrileños no se ha agotado todavía.

El que mas nos ha gustado este año, aunque no es nuevo, es el de las beatas de San Agustin, en la calle de Jesus; es sencillo, estremadamente sencillo, pero infunde en el alma una mística tristeza, que la eleva á las regiones del éstasis.

S. M. la reina ha suspendido la salida pública á las estaciones y el lavatorio de los pies á los pobres.

Víctima de un ataque epiléptico ha sido el mártes último el excelentísimo señor don Antonio Alcalá Galiano, ministro de Fomento celebrando Consejo de Ministros se sintió acometido del mal tan fuertemente, que trasladado al coche en una silla, espiró á las dos ó tres horas de haber llegado á su casa, con apenas tiempo para recibir los últimos Sacramentos.

El primero que advirtió lo que sucedia fue el ministro de la Gobernacion señor Gonzalez Bravo, que habiéndole preguntado qué opinaba sobre la cuestion que se debatia, y notando que al decir con voz casi ininteligible: «como siempre, soy del parecer de ustedes» habia inclinado extraordinariamente la cabeza, le examinó atentamente, dió la voz de alarma y le encontraron presa de un violento ataque. Sus últimas palabras, que segun se asegura no tenian relacion alguna con lo que se discutia, fueron «el 10 de marzo, el 10 de marzo.»

Al señor Alcalá Galiano se le han hecho en su entierro, que tuvo lugar ayer sábado, los mismos honores que se hicieron al señor Martinez de la Rosa. El cadáver, con el conveniente permiso de la autoridad eclesiástica, ha permanecido en el depósito de la parroquia de San Martin, donde fue colocado en una cama imperial de la sacramental de San Luis y alumbrado por doce blandones.

Dos porteros del Senado que se relevaban de dos en dos horas; otros dos del ministerio de Fomento y dos sacerdotes velaban el cadáver. Sobre la caja, negra con franjas plateadas, se hallaba colocado el manto de la órden de Cárlos III. El señor Alcalá Galiano es el primer ministro que desde el tiempo de Fernando VII ha muerto en el desempeño del cargo de Consejero de la Corona.

Orador eminente desde su primera juventud, ha conservado el cetro de la elocuencia y el de castizo escritor hasta sus últimos dias: una de las antiguas glorias de España, siempre será contado entre los oradores parlamentarios mas eminentes del Congreso español.

Mientras España llora la pérdida de este distinguido patricio, Inglaterra rinde el último tributo á la memoria de Ricardo Cobden el gran economista, de cuyo fallecimiento dimos noticia en nuestro anterior número. Ha sido uno de los hombres que mas han influido en el último siglo en el estado social de Inglaterra: predicador infatigable del libre cambio y de la doctrina de Adan Smith, llegó á adquirir una popularidad inmensa entre las masas de los proletarios. Durante su vida se consagró de tal modo al triunfo de su causa, que no hizo, ni pensó, ni trabajó por otra cosa. De carácter estremado, lo que amaba, lo amaba, y lo que aborrecia, lo aborrecia con toda la fuerza de su alma. Su elocuencia era sencilla, sus razonamientos lógicos, sus conclusiones prácticas. Cuando sir Roberto Peel propuso sus leyes sobre los cereales, dijo: «No me las debeis á mí: la gloria á quien la merezca, el nombre que debe ir siempre asociado á estas medidas es el de Ricardo Cobden.» Al formarse el actual gabinete, se le ofreció una plaza, que rehusó manifestando que no podia aceptarla; porque no estaba conforme con todas las opiniones del presidente lord Palmerston.

Despues del tratado de comercio con Francia, que negoció Cobden, lord Palmerston le ofreció una baronía y el título de consejero privado, que igualmente rehusó, dando pruebas continuas de su gran desinterés.

Aunque muy enfermo preparábase para los debates sobre el sistema defensivo del Canadá, cuando le sorprendió la muerte á los sesenta y un años no cumplidos.

Dícese que ha llegado á esta córte guardando el mas rigoroso incógnito una princesa alemana.

Despues se ha añadido que es hermana de la reina de Prusia, que está casada con un hermano del rey.

Quizá sea María Luisa Alejandrina, la hija de Cárlos Federico, gran duque que fue de Sajonia Weimar y casada con el príncipe Federico Carlos Alejandro.

Creemos que ésta debe ser, si los periódicos no equivocan las señas, porque es hermana de la reina María Luisa Augusta Catalina.

Nos parece difícil; porque hoy dia los rigorosos incógnitos no pueden guardarse, y por muy estremado que fuera el de la princesa, no hubiese faltado un corresponsal husmeador de noticias, ó un telegrafista deseoso de decir algo interesante, que nos hubiera dado la noticia.

Los partes telegráficos, nos han anunciado el principio de las operaciones de la guerra entre los dos grandes ejércitos federal y confederado. Dicen que el general Lee principió el ataque y rompió á los federales; y que despues, Grant logró rechazarle, de donde vendríamos á inferir que el estado de la guerra habia quedado lo mismo; mas como de las últimas noticias se infiere que el objeto de Grant era rodear por varias divisiones al ejército del general Lee, es de inferir que el ataque de éste haya sido para evitar la realizacion de

este plan, y segun lo haya, ó no conseguido, debe concluirse, que ha triunfado ó no del general Grant.

En Bélgica ha habido un desafío entre el ministro de la Guerra y un diputado: salió aquel herido, y despues se dieron mútuas satisfacciones. Parecia mas lógico y menos bárbaro habérselas dado antes.

En Portugal sigue la crisis: Loulé ha presentado su dimision. Dícese que le reemplazará Saldaña ó Sa-da-Bandeira. Ha mucho tiempo que la política portuguesa anda tan revuelta, que ni se le ve término á sus turbaciones, ni día en que gocen de un poco de paz parlamentaria.

Dios nos la dé á nosotros y doméstica, mas de lo que la hemos tenido esta semana.

Por la revista y la parte no firmada de este número.

LEON GALINDO Y DE VERA.

RECUERDOS DE VIAJE.

SEMANA SANTA.—TOLEDO.

II.

«Pobre, desierta, triste y olvidada
hundidos ya los pies entre la arena,
ahí yace Toledo abandonada,
agobiada del viento y del turbion
Mal cubierta en el manto de sus reyes
aun asoma la frente carcomida;
esclava sin soldados y sin leyes,
duerme indolente al pie de su blason.

ZORRILLA.

Así describe el inmortal trovador de nuestro siglo el triste estado á que se halla reducida la imperial ciudad de las orillas del Tajo, y sus sentidos versos acuden á la memoria del viajero al contemplar el triste aspecto de la codiciada sultana de Castilla. El tiempo al pasar sobre ella la ha ido arrancando el riquísimo manto de su esplendor pasado; y sin embargo ha sido impotente para despojarla de la eterna aureola de recuerdos, que sobre la ciudad se eleva, como si todavía, aunque abatida y débil, solo pudiese respirar la atmósfera de grandeza y de gloria que la rodeaba en los dias de su opulencia y de su juventud. El poeta, el historiador, el artista, cuantos conservan en su corazon la sublime llama del entusiasmo por todo lo que es bello y grande, encuentran en el recinto de la ciudad de los concilios un mundo entero de impresiones que cantar, de grandezas que describir, de poéticos cuadros que componer. Los genios del pasado que duermen entre sus seculares ruinas, tienen para cada uno tradiciones poéticas, tristes ó caballerescas, acontecimientos de profunda enseñanza ó escenas y paisajes sembrados de monumentos, que encierran todos con su pureza primitiva, y sin que el tiempo haya podido ni empañarlas siquiera, el radiante cuadro de su historia.

Para ellos Toledo renace de entre sus ruinas, y carpetana ó émula de la metrópoli del Tiber, goda ó sarracena, cristiana y poderosa siempre, les va presentando alternativamente sus recuerdos primitivos, sus aras y sus anfiteatros, sus basílicas y palacios, sus mezquitas y harenes, sus templos católicos y sus robustas fortalezas, como gigantes decoraciones de un glorioso teatro cuyos actores fueron, héroes y mártires, sabios y poetas, reyes y emperadores.

No nos pidais en estas líneas la historia de Toledo, ni la descripcion de sus múltiples monumentos. El viajero que apenas ha tenido tiempo para sentir, mal podria hoy narrar. Vamos á presentar únicamente las impresiones que en nuestro espíritu produjeron las venerandas ruinas y los elocuentes monumentos de aquella ciudad, que ocultando sus orígenes entre los mitos de la fábula, apenas nos permite distinguir si sus primitivos pobladores fueron celtas, griegos ó indígenas, pero que ya con la luz de la historia hace desfilar á nuestra vista en rápida marcha, ora las poderosas águilas romanas engrandeciendo la *pequeña y fortalecida ciudad*; ya los visigodos con su informe séquito de crímenes y grandeza, resplandeciendo sin embargo sobre ellos la eterna luz del Evangelio; ya una tras otra sabias generaciones de santos prelados, difundiendo en los toledanos concilios la sagrada doctrina; bien los vicios de aquella raza llamando sobre España los hijos del Islam; ó los sectarios del Profeta tremolando sobre los muros de Wamba su victoriosa enseña, pero dejando á los *mozárabes* su culto, sus costumbres y su creencia. Tras de ellos dilátase largo período de opulencia y de desórdenes por enseñorearse de la ciudad querida. Terribles dramas de ambicion y de orgullo termínanse con sangre siempre dentro de sus muros: reyes, aunque infieles, caballeros y nobles, vienen despues, para dejarla de nuevo con su muerte en las conturbaciones que siempre siguen á los monarcas débiles é indignos, hasta que la victoriosa espada de Alfonso VI arroja para siempre de las orillas del Tajo á la morisma, y Toledo creciente en opulencia y esplendor bajo el cetro de los monarcas castellanos, va recogiendo acaso la primera los frutos de la creciente civilizacion, para venir mas tarde á declinar por el inmerecido abandono de sus señores. Toledo aclama y victorea á dos de ellos alzados á los destinos del imperio, llora con el doliente,

emperador de Alemania que foe,

orgullécese con las victorias de sus hijos, consérvase siempre digna en las turbulencias de sus sucesores, y firme baluarte de las inmunidades de Castilla, y mártir del santo amor de la patria, levántase vencida pero grande siempre tras la terrible rota de Villalar.

Artista en todos tiempos, la ciudad que como la primada del mundo católico, se asienta sobre siete colinas y ve resbalar á sus piés un caudaloso rio, no mas fecundo que el raudal de su historia y de sus inspiradores recuerdos, como aquella, silla primada de España, ha recibido, huérfana ya de reyes, el impulso de su imponente grandeza, de sabios y virtuosos prelados, que escribieron en ella la cifra de su nombre, con monumentos de su piedad ó de su fe; y depositaria de las páginas de piedra que la fueron legando cien y cien generaciones, con ellas solas le bastaria para escribir la historia de su opulencia y el poema de su gloria, aunque hábiles cronistas no la hubiesen escrito, é inspirados poetas no la hubiesen cantado.

¡Vedla! sobre altivo peñon, que ciñe en ancha curva caudaloso rio, altura cortada en rápida vertiente sobre sus márgenes profundas, aparece Toledo segun la espresion de uno de sus mas elegantes historiadores: blandamente recostada, descansando los piés sobre la mullida alfombra de su vega, y arrullada por el plácido murmullo de las corrientes, cuya risueña náyade semejara, si cien torres no coronasen su cabeza.» El viajero la contempla desde el puente de Alcántara, arábigo en su nombre y en su orígen, pero que ya no es el levantado en tiempo de Hixem, de que apenas quedan vestigios, ni el reparado mas tarde en el siglo X por Chalaf, sino el edificado en el siglo XIII por Enrique I con el impotente y almenado torreon de sus tres arcos, ojival el uno y de arábiga forma los otros dos, que dando entrada á la ciudad, conservan el recuerdo de los artistas mudejares que lo levantaron. puente cuya restauracion completa debióse á Alfonso X, de cuya época data el atrevido arco que recibe solo el poderoso caudal del rio, dejando casi sin empleo los dos laterales que le con tituyen, reparado el uno de ellos en el siglo XV.

Ya ha pasado la puerta el viajero, y detenida apenas su atencion en la plaza que en el otro lado de la puerta se estiende cercada de almenas, en los arcos mudejares tambien que abren subida al Norte y al Mediodía de la ciudad, en la estátua de San Ildefonso y en el arco que al otro estremo del puente dejó el mal estilo del siglo XVIII, fíjase su atencion en el romántico castillo de San Cervantes ó San Servando, con su planta triangular, su corona de almenas, sus gruesos cubos, sus arcos de herradura, su torreon del Norte, sus barbacanas de mudejares labores, y el recuerdo de los monges de Cluni, de los guerreros que le defendian mas tarde, del valor de Berenguela, de la caballerosidad sarracena, de los héroes del Temple, de las guerras de don Pedro de Castilla, de la proteccion del arzobispo Tenorio, y de los caballerescos duelos inmortalizados por Calderon.

A la izquierda, asoma entre mares de lujosa vegetacion, *la huerta del Rey*, donde el generoso Almenon, dió espléndido alojamiento durante su desgracia al que mas tarde habia de entrar en la ciudad como conquistador: todavía subsisten los restos de aquel magnífico edificio, con sus arcos encuadrados dentro de arábigos *arrabaas* y su romántico nombre de *Palacio de Galiana*, en torno de cuya poética creacion, levanta la fantasía las sombras de Galafre, Bradamante y Carlo-Magno, gigantescas figuras de la exaltada imaginacion que dió vida á los libros de caballería.

Si fijando la vista en la orilla del rio llaman su atencion unos arcos de sólida y maciza fábrica que abandonados en ella se levantan, diversos recuerdos escitarán su mente, y ejemplo fecundo de cuanto alcanza el ingenio del hombre, sostenido por el estudio en su lucha con la naturaleza. Aquellos arcos son todo lo que resta del famoso artificio de *Juanelo Turriano* que hacia subir el agua hasta los elevados patios del alcázar, máquina complicada que abandonada luego, se ha visto sustituida en nuestros dias por otro sencillísimo mecanismo de uno de nuestros mas distinguidos ingenieros (1).

Casas de pobre apariencia agrúpanse en torno á la márgen derecha del rio, que tuerce su curso al Mediodía, impulsando las numerosas aceñas de su ribera, y entre aquellas modestas viviendas destácase la mozárabe iglesia de San Lúcas, y los altos miradores de San Cristóbal; en las riscosas pendientes encuéntranse aun los robustos cimientos de la aislada torre, levantada por el cristiano celo del arzobispo don Rodrigo para defender el paso del rio, que en aquellos sitios y en remotos tiempos, si la tradicion no miente, recibia entre sus ondas los cuerpos de los malhechores, que castigaba la justicia humana.

En su dilatada curva á la opuesta orilla, álzase entre breñas, como misterioso nido de divino amor la blanca ermita de la Vírgen del Valle, y el recuerdo, y acaso las ruinas de los monasterios de Santa María de la Sisla y de Bernardos.

El caudaloso rio declina hácia Poniente. Suaves colinas vestidas de arboleda y sembradas de modernas fábricas, sustituyen con el nombre tradicional de *cigarrales* á las desnudas breñas, y al frente destácase el soberbio alcázar y las afiligranadas agujas de San Juan de los Reyes, uniendo ambas orillas por esta parte, el puente de San Martin, que tomando su nombre de la contigua parroquia, parece haber sido modelo ó copia de su rival de Alcántara. Modesta lápida guarda su historia, y en ella puede el viajero encontrar, que destruido en los primeros años del siglo XIII, por la fuerza del rio el que en tiempo de Muhamad se levantara, y de que aun quedan hácia el Norte machones de argamasa y los restos de la torre que lo defendia, reedificado en el siglo XIV, y víctima de los soldados de don Pedro ó don Enrique en aquella fratricida lucha, debió su completa restauracion y las torres almenadas que guardan sus opuestas entradas con recuerdos mudejares, á la paternal solicitud del arzobispo Tenorio, en los últimos años del siglo XIV. El siglo XVI dejó tambien en esta grande obra su recuerdo, colocando bajo el grande arco de herradura de una de las torres la estátua de San Julian, al mismo tiempo que, ignorándose la causa, demolia otra de las dos, que flanqueaban simétricamente el arco por donde se entra á la ciudad.

Todavía en este sitio hiere la imaginacion del viajero otro vivísimo recuerdo que encarna una amorosa leyenda, la historia entera de la pérdida y la restauracion de nuestra patria. La torre que aun se conserva del antiguo puente mahometano, abierta por sus cuatro frentes con arcos ya ojivales, ya de herradura, apoyados sobre columnitas, viene siendo designada por el pueblo con el nombre de *Baños de la Cava*, suponiendo que en aquel deleitoso paraje tuvieron lugar las primeras escenas de amor entre don Rodrigo y la infortunada hija del conde San Julian.

Monumento de mayor grandeza absorbe en medio de la dilatada vega la atencion del viajero: su curvo absside, adornado con cuatro órdenes de dobles arcos redondos ó angrelados, indicio de una restauracion del siglo XIII, y con moderna portada del XVIII, guarda la románica nave, sostenida por arcos planos, que se continúan hasta el suelo á modo de pilastras, de la antigua basílica de Santa Leocadia, humilde capilla consagrada en los principios del siglo IV con los restos de la insigne mártir, ennobleciéndola con las decisiones de los concilios, santificada con la resurreccion momentánea de la vírgen Leocadia en presencia de Recesvinto, y en la que duermen el eterno sueño príncipes y prelados. Por desgracia la cal encubre hoy las pinturas murales que acaso adornaron el sagrado templo, no existe ya el primitivo *Cristo de la Vega*, con su brazo pendiente y desclavado, orígen de poéticas y milagrosas tradicciones, y en cambio el átrio del templo, rodeado de pórticos y convertido en cementerio de la catedral, sirve para conservar con los despojos de la muerte aquel venerando monumento, que guarda en sí la historia mas fecunda de la ciudad.

A los recuerdos de fe y santo patriotismo, sustituye memorias de industria y de guerra otro edificio no lejano. Es la célebre fábrica de armas, en cuyo elogio ya emplearon los poetas romanos su númen, que sostenida sin decaer ni un solo dia de su esplendor primero, ha fundido las armas con que la España de Almanzor y de Carlos V asombró al mundo con la fama de sus victorias.

Por la parte de la ciudad que deja sin defensa el rio, apenas podrán encontrarse los recuerdos del romano circo, aunque en cambio existan los restos de los muros reedificados por Alfonso VI, y al que daban entrada al Norte la *Puerta de Visagra*, de nombre arábigo ó latino; al Este la de la *Almofalla* y al Oeste la llamada del *Cambron*, sustituida acaso á la mas antigua de Almaguera. La puerta de Visagra consérvase todavía, aunque tapiada, con su arco de herradura, apoyado en toscas columnas, sus dos mas pequeños de ojiva túmida, sus saeteras y almenas, en el mismo sitio, si no es la misma puerta en que á mediados del siglo IX colgó el califa la cabeza del rebelde toledano Hissen.

(Se concluirá en el próximo número.)

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

(1) El señor Escosura.

Hemos recibido y publicamos con mucho gusto la siguiente biografía del sabio español don Francisco Majestó.

EL DOCTOR MAJESTE (DON FRANCISCO.)

Nació esta lumbrera del rio de la Plata el 8 de enero de 1807 en Valladolid, capital hoy de Castilla la Vieja, (España), hijo de padres virtuosísimos y regularmente acomodados. La compañía de Jesus fué la que descubrió sus felices disposiciones para las ciencias sagradas y la oratoria, despues de la primera educacion que recibió de sus padres.

Sus talentos, que hasta la edad de trece años no se conocian ni se habian puesto á prueba, se desarrollaron en el momento en que principió á estimularlo la aplicacion de los numerosos discípulos que con tan buen éxito educaban en aquella época en Madrid los padres de la compañía de Jesus. Hay espíritus que á manera de ciertas plantas solo conservan su esterilidad y dejan de producir mientras que no son puestos á la vista de otras de su especie. Hizo conocimiento y estrecha

amistad con algunos jóvenes distinguidos por su ciencia y virtudes, é imbuido y elevada su alma, aplicóse con fervor al estudio:—recorrió ávidamente los conocimientos de idiomas, física, astronomía, matemáticas, espectáculo de la naturaleza, conocimiento del cuerpo humano, y todas las ciencias estimularon su curiosidad, atrajeron su atencion é imprimieron por todo el tiempo de su vida el gusto á los estudios. La religion que entró en su alma, como el amor de la ciencia, lo sujetó enteramente á sus preceptos y bien pronto la encerró en el círculo de sus obligaciones. El Hebreo, la Escritura Santa, la Teología, la Moral y los Libros Sagrados repartieron entre sí el tiempo del jóven Majesté. Atraido por la afabilidad y virtudes de los reverendos padres, ingresó en la compañía, y bien pronto conociendo sus bien manifiestas disposiciones lo dedican á la oratoria haciéndole predicar, solo ante ellos, una vez por semana: y al paso que sigue sus estudios, lo prueban tambien dándole las cátedras de latin y matemáticas para que las regentase.

Pasa este pequeño número de años entre el profesorado y el estudio, y á los veinte y dos ya sale á predicar en las iglesias de Madrid, ya llama la atencion el jóven Majesté, ya afluye la gente en la iglesia donde se dice ha de predicar, y ya en fin, es encargado de sermones ante S. M. el rey don Fernando VII.

Sigue el tiempo que está en Madrid en esta vida laboriosa, hasta que los disturbios del 34 le hicieron pasar á Sevilla donde se ocupó de su ministerio y de educar los hijos de las familias mas distinguidas. La cátedra del profesorado, la del Espíritu Santo, el confesonario y la cabecera de los pobres afligidos y moribundos fueron su lugar permanente, hasta que en el año 36 pasó la compañía á la América del Sur estableciéndose en Buenos-Aires.

Aquí es donde el biógrafo se ve confundido porque es el teatro de sus proezas y es difícil trazar en limitados cuadros su vida.—Pero voy á resumir.

Diez y seis años estuvo en Buenos-Aires donde llamó la atencion como orador y como catedrático de algunas materias en el Seminario á cuyo frente estaban los reverendos padres. Los habitantes de Buenos-Aires corrian ávidos de oir al padre Majesté á las iglesias donde predicaba. Todos lo ensalzaban: de todas partes era buscado como consejero en los asuntos temporales y espirituales.

Con motivo de no haber cedido los padres de la compañía de Jesus á desempeñar las funciones de su ministerio con el retrato del caprichoso dictador don Juan M. Rosas en los altares, fueron espulsados de Buenos-Aires; y á instancias de innumerables padres de familia que sentian la necesidad de la educacion de sus hijos, determinó el superior dejar algunos miembros de la compañía; pero con el sentimiento muy natural de no vivir en comunidad, sino como simples sacerdotes. Majesté fue uno de los elegidos para quedarse; y no tardó, con el gran respeto que siempre habia tenido Rosas á sus talentos y virtudes en obligarle, si puedo valerme de esta espresion, no solo á que les considerara y mirara bien, sino á concederle ponerse al frente del Seminario y continuar su educacion como hasta entonces.

Al poco tiempo, los asuntos políticos de Buenos-Aires se complicaron y habiendo puesto Rosas pena de la vida á todo el que saliera de Buenos-Aires, tuvo la lamentable ocurrencia el superior de la compañía, el padre Verdugo, de llamarlo desde Montevideo, en virtud de santa obediencia, aun con detrimento de la vida.

He dicho lamentable ocurrencia, puesto que á la contestacion muy natural de Majesté: «que no podia ir sin peligro de muerte y que por consiguiente se quedaba *tuta concientia*; porque los preceptos de los superiores no podian obligar con detrimento de la vida:» el padre Verdugo le mandó por toda contestacion las testimoniales para que pudiera vivir donde mas le agradara. Este paso del superior desligó á Majesté de sus votos, pero no del deseo de trabajar en su ministerio y al frente del mejor establecimiento de enseñanza que habia en aquel tiempo. Insistió siempre con Rosas para que revocara el decreto de expulsion de sus compañeros, pero no pudo conseguir, sino buenas palabras.

A invitacion del Colegio Universitario y súplicas de varios discípulos que tenia ya doctores, tomó el grado en Derecho civil y canónico en 14 de noviembre de 1848.—Así estuvo hasta el 52, en que pasó á Montevideo, donde tuvo la misma acogida que en Buenos-Aires, principiando á predicar con el mismo éxito, y prestando valiosos servicios espirituales con la predicacion y demás deberes de su ministerio, y temporales, desempeñando la secretaría del Vicariato apostólico en 1854 hasta el 56, que fue nombrado rector de la Universidad. Dos años estuvo al frente de ella, regentando á la vez algunas cátedras con el éxito acostumbrado, hasta que una solicitud de los vecinos del departamento de la Florida, pidiéndolo de cura vicario, lo movió á hacerse cargo de aquel curato.

El 59 subió el presbítero don Jacinto Vera al Vicariato apostólico de esta república, y nombró al doctor Majesté su fiscal eclesiástico, y el 62 fue nombrado catedrático de Derecho canónico de la Universidad, que desempeñó hasta el 24 de diciembre de 1864, que espiró en los brazos de sus amigos, y llorado de toda la república, que tantas veces lo habia admirado en la cátedra del Espíritu Santo.

Así se estinguió á los 57 años la luz de una vida que puede decirse consumió el trabajo. Su cuerpo fue depositado en un mausoleo sencillo, pero los sentimientos de mas de cuatro mil personas, que acompañaban su cortejo fúnebre fueron sublimes.—Vestido con su traje sacerdotal, y con la doble insignia de doctor, fue sepultado en el cementerio público de Montevideo, en una tierra querida y en presencia de una numerosa concurrencia, que sinceramente lloraba la muerte de su padre, de su maestro y de su amigo. Sus exequias ofrecieron un espectáculo tierno y respetable, y dieron á conocer que su vida no habia sido inútil á la Iglesia cristiana, á la sociedad y á sus amigos.

Entre sus papeles se encuentran de ocho á diez mil sermones, un tomo in fol.o *Direccion de ejercicios espirituales para los señores sacerdotes*, un *Tratado de derecho canónico*, y otros trabajos mas que bien pronto verán la luz pública. . . . . .

. . . . . .

A los numerosos servicios que este eminente señor á quien siempre mencionaré con veneracion y respeto, ha prestado á la humanidad, socorriendo las necesidades de innumerables pobres, y educando sus hijos de gracia,—el que suscribe, que ha vivido diez y ocho años con él, que ha sido uno de sus protegidos, que ha admirado sus acrisoladas virtudes, se hace el honor de tributar este acto de justicia, solicitando de ustedes, señores redactores de EL MUSEO UNIVERSAL, la publicacion de este pequeño é imperfecto trabajo de su biografía.

Montevideo enero 9 de 1865.

NICOLÁS AGUIRRE EE.

EL PANTELEGRAFO DE CASELLI.

El pantelégrafo de Caselli resuelve todas las dificultades que presentaban los demás aparatos de esta especie, y es uno de los inventos mas estraordinarios en su género. Los dos grabados que acompañan este artículo sirven para dar una idea exacta de él; uno de ellos representa el aparato entero, el otro las partes separadas del aparato en general.

Todo el aparato descansa sobre una base ó pedestal de hierro fundido, en cuyo estremo superior se halla suspendido un péndulo de acero de dos metros de largo. De la estremidad inferior de este péndulo, pende una pesada masa de hierro que se mueve de un lado á otro entre dos pares de alambres espirales electro-magnéticos. Estos se hallan en relacion con una batería, independiente de la batería eléctrica, propia de la línea telegráfica, y tanto por ella misma como por un aislador de la corriente, que como veremos despues, regula la máquina, son alternativamente magnéticos, de modo que la masa de hierro del péndulo atraida por un par de espirales es soltada inmediatamente por los mismos é impelida hácia los que están en frente que son magnéticos en aquel momento. Apenas llega á éstos, cesa el magnetismo de los mismos y á consecuencia de la interrupcion que se verifica de nuevo en la corriente, el par de espirales que está en frente, vuelve á ser magnético. La masa se dirige otra vez con el péndulo hácia este par, y de este modo continúa cambiando perpétuamente. Hay tambien un movimiento igual y constante del péndulo, producido por las espirales electro-magnéticas y cuya actividad se la da el péndulo oscilatorio de todo el aparato. Para esto sirve una varilla conductora que vá desde el medio del péndulo hácia la derecha, por el centro de una columna de hierro fundido, de la base hácia la parte principal del aparato, como se ve en la figura 2.

Esta varilla conductora está marcada e, f, en la figura 2 y se halla unida en su punto e por medio de un gozne, con el estremo inferior de una palanca vertical. El punto de giro de esta palanca se halla en medio de la misma y se apoya en la plancha a, b, que sostiene además la superficie de los dos cilindros m, n, r, que sirven de apoyo para poner el papel con los despachos. Inmediatamente encima está la plancha de metal c, d, unida en un ángulo recto con la palanca e s, y forma con la misma la figura de una T. Esta plancha recibe un movimiento regular y semejante al de una péndola, por llevar el movimiento del péndulo á la palanca e, s. Además lleva consigo inmediatamente las dos partes h y k, cada una de las cuales tiene un pequeño punzon para el envio ó la admision de los despachos. Toda esta parte movible del aparato está regulada por los dos contrapesos p, p, colocados debajo de la plancha, de modo que el movimiento es siempre igual. Si suponemos que se pone el aparato en movimiento, es evidente por las esplicaciones que acabamos de hacer, que mientras se mueven los dos punzones marcarán una línea recta en el papel que está colocado debajo de ellos, y que si todas las partes permaneciesen del mismo modo, estos punzones marcarian siempre la misma línea y en el mismo punto del papel; pero por el contrario, si como sucede en este aparato, se hace que los punzones á cada movimiento del péndulo se vuelvan algo hácia la derecha ó la izquierda, cada vez marcarán una nueva línea recta sobre el papel, la cual estará inmediatamente al lado y muy próxima á la marcada antes, y los punzones irán así de un estremo al otro del papel, formando una serie de líneas paralelas y muy unidas entre sí sobre toda la superficie del papel. Veamos ahora cómo se verifica la trasmision ó la reproduccion de los despachos, y luego esplicaremos cuál es el mecanismo que hace volver los punzones de un lado á otro.

Los despachos que se han de enviar se escriben con tinta comun, en un pedazo de papel delgado. En la estacion de llegada se coloca en la superficie del cilindro n, r, un papel comun empapado antes en una disolucion de cyankalium. Si el punzon de hierro corre por este papel, no produce en general efecto ninguno, pero si al mismo tiempo una corriente eléctrica positiva vá por el punzon, todos los puntos que éste ha tocado en el papel impregnado de cyankalium, toman un color azul. En el momento en que la corriente eléctrica se interrumpe en el punzon, cesa tambien el efecto de éste sobre el papel.

Figurémonos que dos aparatos colocados uno en la estacion de salida y el otro en la de llegada se ponen en movimiento al mismo tiempo, en ese caso sucederá lo siguiente: si en el aparato de la estacion de salida el punzon de hierro pasa por el papel, que es un buen conductor de la electricidad, la corriente eléctrica de la batería se dirigirá á la tierra; por el contrario, si el punzon pasa por un papel escrito con tinta se interrumpirá la union de la batería con la tierra, porque la tinta no conduce la electricidad: á consecuencia de esto la corriente se dirigirá por el telégrafo yendo por el punzon que forma el punto final de aquel y llegará á la estacion de llegada penetrando allí hasta el punzon del aparato, que como ya hemos dicho marcará un punto azul sobre el papel.

Se ve, pues, que en tanto que el punzon del aparato en la estacion de salida corra sobre lo escrito con tinta, el punzon del aparato en la estacion de llegada marcará en el papel los correspondientes signos azules y se comprende fácilmente, que todo lo que hay escrito con tinta en la estacion de salida se reproducirá en el papel de la estacion de llegada, puesto que ambos punzones corren por toda la superficie de los dos cilindros.

Este es todo el secreto de la espedicion autográfica de los despachos. Vamos á esplicar ahora el procedimiento por el cual los punzones van hácia atrás ó hácia adelante de un estremo á otro de la superficie del cilindro. El aparato que hay para esto es tambien muy sencillo. El punzon se halla en un pequeño pie h que puede correr hácia atrás en la varilla t, u, que le sirve para que corra por ella. Este pequeño pie tiene en la parte delantera un tornillo, que se ve al otro lado de h, el que se puede levantar ó bajar á voluntad y está hecho precisamente en la tuerca v, v, asegurada en los dos estremos en el aparato. Se comprende con facilidad, que luego que la tuerca se pone en movimiento, tambien el tornillo se mueve hácia adelante y hácia atrás y con él, el punzon que lleva.

Entre los dos apoyos de la palanca perpendicular e, s, se ve en el grabado que damos, un pequeño mecanismo muy usado en los relojes. Este mecanismo consiste en una rueda dentada asegurada en el eje comun de los dos tornillos. En los dientes de esta rueda engranan los dos dientes verticales de una especie de horquilla puesta en direccion vertical. Dos botones, uno de los cuales está dirigido hácia adelante y el otro hácia atras (en nuestro grabado se ve por esta razon uno solo de los botones en z) dan á esta especie de horquilla un movimiento hácia detrás y hácia adelante segun engrana alternativamente uno ú otro de sus dientes en los de la rueda, dando tambien á consecuencia de esto un movimiento de rotacion á los dos tornillos. En cada oscilacion del péndulo el boton z, se pone al lado de un punto pequeño parecido al seguro de una escopeta, representado en nuestro grabado y la rueda avanza un diente mas allá. En las oscilaciones que siguen se coloca el boton que se halla en el otro costado, al lado de un punto igual y colocado, del mismo modo y la rueda vuelve á avanzar un diente. Así á cada oscilacion la rueda da una vuelta y con ella los tornillos adelantan un diente; á consecuencia de esto se mueve tambien el tornillo con el pie y el punzon hácia la derecha ó la izquierda y como la velocidad de la rotacion de las tuercas que requiere el mecanismo descrito es muy pequeña, así el punzon vá muy lentamente y no avanza en cada oscilacion mas que la tercera parte de un milímetro.

El emperador Napoleon, por decreto publicado en el *Monitor Universal* ha introducido en Francia este sistema de telégrafo autográfico. El precio de los despachos bien sean cartas, dibujos ó aun composiciones de música se cuenta, no por el número de las palabras que contienen, sino segun el tamaño del espacio cuadrado que necesitan; cada centímetro cuadrado cuesta veinte céntimos. El papel necesario para poner estos telégramas se vende en las estaciones telégraficas; es de cuatro tamaños distintos, á saber: de 30, 60, 90 y 120 centímetros cuadrados y cuesta cada hoja diez céntimos. Atendida la importancia de este nuevo sistema, el beneficio inmenso que presta al público y las muchas ventajas, que presenta sobre todos los sistemas conoci-

dos hasta el dia, debemos convenir en que cuesta escesivamente barato, lo cual es una de las cosas que mas le recomiendan y que sobre todas puede contribuir á que su uso se estienda por los demás paises civilizados.

UNA VISITA A YUEN-MING-YUEN.

PALACIO DE VERANO DEL EMPERADOR KHIEN-LUNG.

(CONTINUACION.)

III.

A cada estrofa de versos consagrada á las cuarenta pinturas del álbum, añade el erudito emperador un comentario que parece mas estenso que claro á sus lectores. Nos limitaremos nosotros á la muestra antes citada, añadiendo sin embargo, que estas estrofas son de estension desigual, teniendo algunas hasta diez y seis versos, y que todas son de dificilísimo concepto, por el lujo de erudicion del imperial poeta y por los giros arcáicos de su estilo.

El palacio principal, entre todos los que comprendia en su recinto el gran parque de Youen-ming-youen, está descrito por Iray Attiret de la manera siguiente:

El sitio en que ordinariamente moran el emperador y sus mujeres, la emperatriz (Hoang-heou), las mujeres de menor categoría (Heou-fei) las damas que por varios títulos pertenecen á la córte, como tambien los eunucos, etc., es un prodigioso conjunto de edificios, paseos, jardines, etc.; en una palabra, es una ciudad, los otros palacios solo son para la comida y paseo.

Esta habitacion ordinaria del emperador está situada inmediatamente despues de las puertas de entrada, las primeras salas, las salas de audiencia, los patios y los jardines. Forma una bonita isla rodeada por un ancho y profundo canal: bien pudiera llamársele un serrallo. En los aposentos que la componen se ve todo cuanto puede imaginarse en muebles, adornos, pinturas de buen gusto (chino, se entiende), maderas preciosas, barnices de la China y del Japon, vasos antiguos de porcelana y tejidos de seda, de oro y de plata (1). Puede muy bien decirse que se ha reunido y armonizado allí todo cuanto el arte y el buen gusto puede añadir á la rica profusion de la naturaleza.

Desde esta imperial morada parte un camino llano que conduce rectamente á un pueblecito alzado en medio del recinto: su estension es de un cuarto de legua cuadrado con sus cuatro puertas en los cuatro puntos cardinales, sus torres, sus murallas, sus parapetos, sus almenas. Tiene además muy buenas calles, plazas, paseos, mercados, tribunales, templos, palacios, y hasta su puerto, en fin. No parece sino que se ha querido reunir allí en pequeño cuanto existe en grande en la capital del imperio.

Habreis sin duda leido que el 15 de la primera luna se celebra en la China una gran fiesta llamada *la fiesta de las linternas*. No hay un chino por pobre que sea, que deje de encender una linterna de las que se venden á todos precios y de todos tamaños y figuras. En este dia toda la China está iluminada; pero en parte ninguna es la iluminacion tan bella como en los sitios imperiales y sobre todo en el palacio que os describo. No hay en él una sala, un aposento, una galería donde no irradien esplendorosamente multitud de linternas suspendidas de los techos. Las hay en todos los canales, en todos los estanques, vagando á merced del aire en forma de barquillas sobre las corrientes ó reposadas aguas: las hay tambien sobre los puentes, sobre los arcos y casi en todos los árboles, afectando diversas y caprichosas formas de peces, de pájaros, de animales, de vasos, de flores, de frutos, grandes, pequeñas, medianas... de todos tamaños. Las hay de seda, de vidrio, de nácar, de cuerno... de todas materias. He visto alguna que no valdria menos de mil escudos. En esto y en la variedad infinita que dan los chinos á sus edificios, es donde admiro la fecundidad de su ingenio.

Tambien en la China como en Europa hay gusto por la simetría, la hermosura del órden en la uniformidad. Ejemplo de ello son el palacio de Pekin, los de los príncipes y señores, los ministerios y hasta las casas de los particulares un tanto acomodados. Pero en las casas de recreo reina el desórden, bello tambien, de la *antisimetría*. Así, pues, he visto algunos de estos pequeños palacios, colocados á gran distancia unos de otros en el recinto de las casas del emperador sin ninguna semejanza entre sí. Diriase que cada uno de ellos está edificado por el modelo de alguno de paises estranjeros.

Por lo demás, estos pequeños palacios no son sencillos pabellones campestres. El que yo he visto edificar el último año en este mismo recinto, costó á un príncipe, primo del emperador, sesenta *uen* (cuatro millones y medio) sin contar mueblaje ni decorado interior.

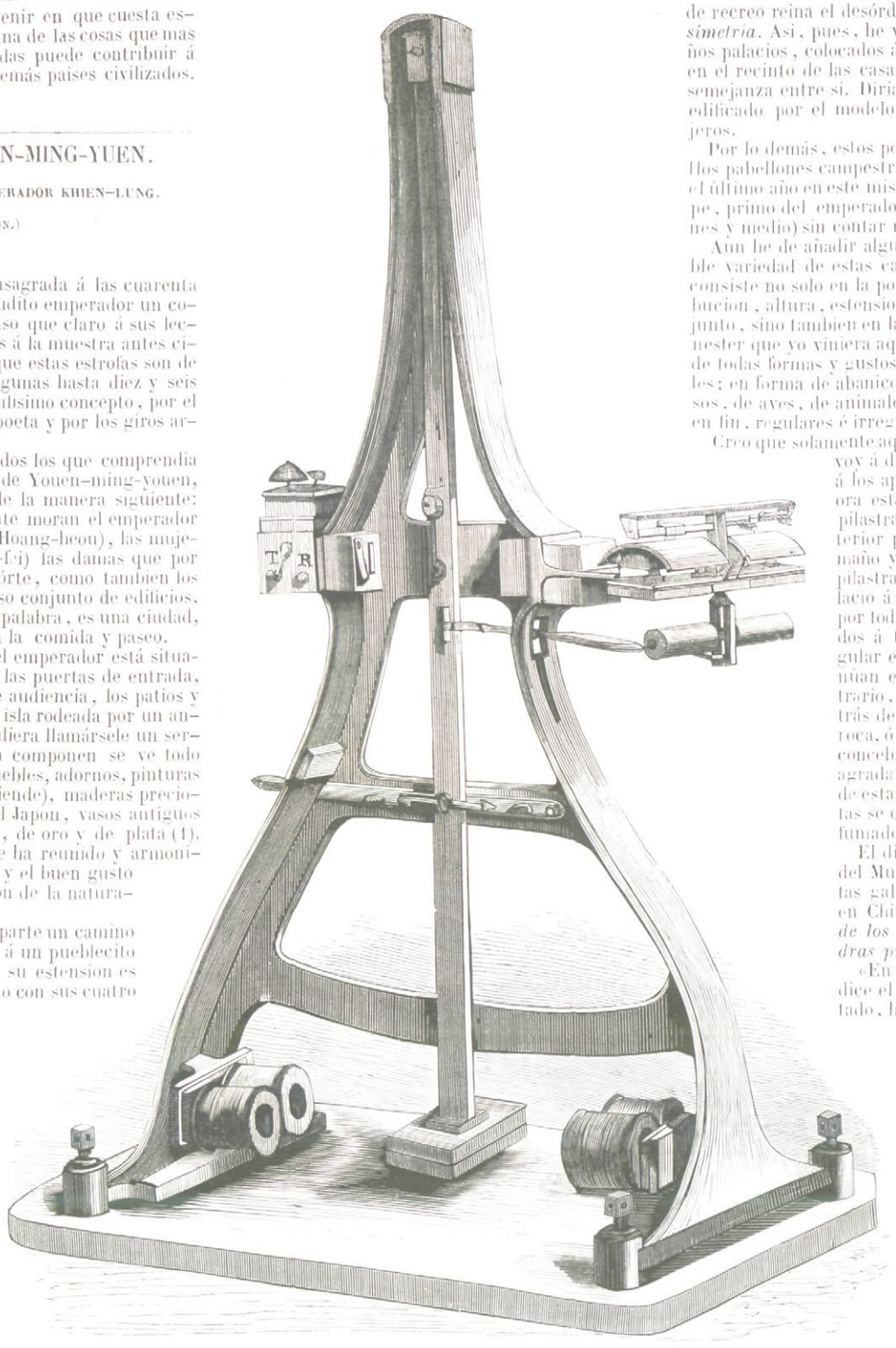
Aun he de añadir algunas palabras sobre la admirable variedad de estas casas de recreo; variedad que consiste no solo en la posicion, forma, órden, distribucion, altura, estension, en una palabra, en el conjunto, sino tambien en las partes de ese todo. Era menester que yo viniera aquí para ver puertas y ventanas de todas formas y gustos: redondas, cuadradas, ovales; en forma de abanico, de flores, de frutos, de vasos, de aves, de animales, de peces; de todas formas, en fin, regulares é irregulares.

Creo que solamente aquí hay galerías como las que os voy á describir. Sirven de confluencia á los aposentos mas retirados entre sí; ora están formadas interiormente por pilastras y horadadas en su muro esterior por ventanas diferentes en tamaño y córte; ora son únicamente de pilastras, como las que van de un palacio á uno de sus pabellones abiertos por todas partes, y que están destinados á tomar el fresco. Y lo mas singular es que estas galerías no continúan en línea recta, sino que al contrario, trazan mil rodeos, ya por detrás de un bosque, ya circuyendo una roca, ó bien costeando un lago: harto concebireis que no hay nada mas agradable que el abandono artístico de estas galerías desde donde tales vistas se ofrecen y aires tan puros y perfumados se respiran.

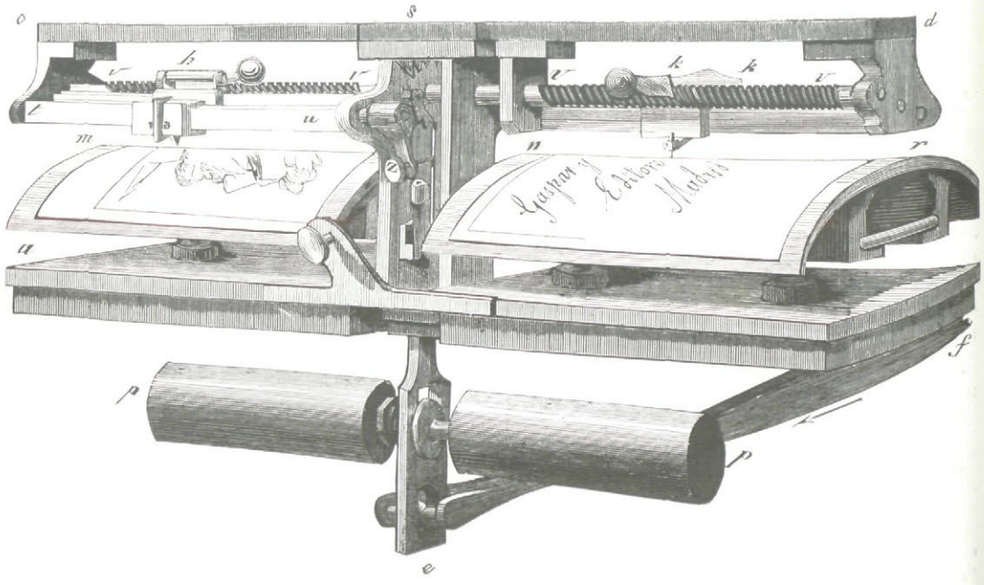
El dibujo de la página 101 (núm. 13 del Museo) representa muchas de estas galerías, y cuya vista se la llama en China *Phung-taoyu-thai* (*La isla de los genios y la torre de las piedras preciosas.*)

«En medio de un mar afortunado, dice el ministro de Obras públicas citado, hánse formado tres islas de diferentes dimensiones. Debe suponerse que han sido hechas para pasar agradablemente en ellas los dias estudiando, pintando. Al verlas se cree uno trasportado por la imaginacion á la galería de la montaña de los inmortales, cuando no son mas que montículos y kioscos: parece que tiene uno á la vista la habitacion de *las doce salas de oro* (1). Las galerías de piedra jade

(1) Cita de una alusion hecha en el octavo verso de los citados en el núm. 15.

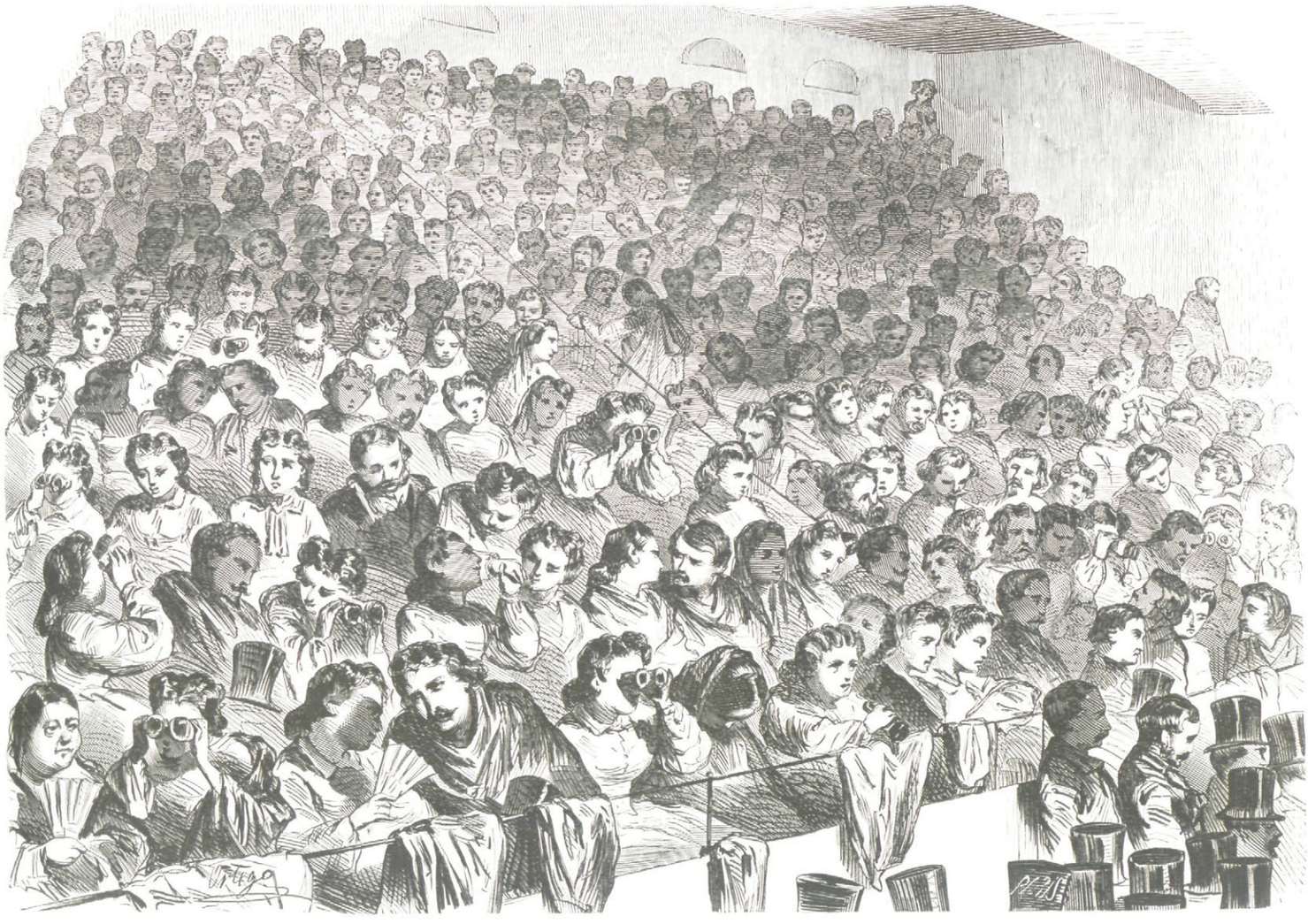


PANTELÉGRAFO INVENTADO POR CASSELLI.



PARTE PRINCIPAL DEL APARATO DEL PANTELÉGRAFO.

(1) Una gran parte de los preciosos objetos de este palacio han venido á Europa en estos últimos años, habiéndose vendido públicamente á precios considerables Lástima grande que el Museo del Louvre, tan rico en antigüedades griegas, romanas, egipcias, asirias, etc., haya malogrado esta ocasion, única acaso, de enriquecerse aun mas con tan preciosas muestras del arte chino.



EL PARAISO DEL TEATRO REAL.

(*yu-leu*) son en número de doce. La ilusion que se esperimenta es tal que se confunde lo verdadero con lo falso, lo pequeño con lo grande. Si se llegara á comprender bien la idea que ha presidido á esta creacion, se veria que han querido representar tres vasos decorados con todas las reglas del arte.»

Esta apreciacion del ministro chino es tal vez un poco exagerada; pero ha de convenirse, sin embargo, en que no le falta cierta exactitud.

Existe una roca desplomándose sobre un lago y debajo de la cual hay un kiosco, no hay para qué describirlo: lo que de él dice Wang-Yeon-tun es insignificante. Compara la roca á un balcon que parece inclinarse hácia adelante para contemplar las aguas claras y profundas que yacen á sus pies, y que aumenta una cascada que al caer produce un murmullo como de piedras preciosas al derramarse.

La pintura llamada *Kio-yuen-fung-ho* (el patio de las bebidas fermentadas en medio de las flores del nelumbio agitadas por el viento.) La describe así el ministro chino:

«El patio de las bebidas fermentadas del lago *Si-hu*, era en el tiempo de los Sung el sitio en que se consumian mas refrigerantes (1). Las flores del lotho se cogian allí en abundancia y esta fue la razon de haberse dado á este sitio el nombre de *Patio de las bebidas fermentadas en medio de las flores del lotho agitadas por el viento.* En este lugar los mantos rosados (las flores del nelumbio) imprimen á todo su movimiento. El gran arco iris proyecta allí su sombra; el aire y la luz juegan amorosamente uno con otra; por eso se le ha dado el nombre que lleva.» El ministro de las Obras públicas del emperador hubiera podido darnos noticias mas precisas ó instructivas al menos, acerca de las cuarenta vistas de los jardines de recreo que nos ocupan; pero no era este su objeto. Como aquellos literatos de Luis XV que describian las maravillas del parque de Versalles en composiciones pastorales, tomando de la mitología todas sus ficciones y de la retórica todas sus figuras; Wang-Yeon-tun, se esfuerza tambien ante todo en mostrar la habilidad de su pincel por la elegancia rebuscada de su estilo; que el gusto de los chinos es tanto mas bello, cuanto menos se comprende: es decir, que en virtud de las espresiones difíciles de que está adornado, como por la erudicion literaria, que el autor exhibe, es preciso conocer á fondo la literatura china, para poder apreciarla convenientemente y aun para comprender el sentido verdadero.

(1) En la gran descripcion del lago *Si-hu*, descripcion que comprende cien vistas diferentes de este lago, muy bien grabadas por cierto, hay una (*kiuan*, 5, f. 19-20), que tiene dicho título. Allí se ve una multitud de flores del nelumbio ó lotho flotando sobre las aguas del lago y muchos kioscos ó pabellones, uno de los cuales lleva la inscripcion siguiente (Yu-chu-ting), pabellon de los libros del emperador.

EL DOCTOR DON FRANCISCO MAJESTE.

IV.

Ignórase igualmente que en el gran circuito de Yuenming-yuen habia tambien una poblacion edificada á la europea y en donde el emperador Khien-lung habia querido reproducir todas las maravillas hidráulicas del parque de Versalles. Hé aquí de qué modo un misionero francés, el padre Bourgeois, en una carta dirigida á Mr. de Latour, antiguo impresor de París, y fechada en Pekin el mes de octubre de 1786, describe estas nuevas construcciones.

«Mejor juicio formareis de estas casas europeas edificadas en Yuen-*ming-yuen por los veinte* grabados que las representan y os remito. (El grabado reproducido aquí es una

copia de aquel.) Es el primer ensayo de grabado en cobre que se ha hecho en la China á la vista y por órden del emperador Khien-lung. Estas casas no tienen tampoco un mueble que no sea europeo. Increible parece que este príncipe sea tan rico en curiosidades y magnificencias de toda clase traidas de Occidente.

»La sala que ha hecho últimamente construir para colocar las tapicerías de la fábrica de los Gobelinos, que la córte de Francia le envió en 1767 tiene setenta pies de longitud por una latitud proporcionada; mas tan llena está de máquinas que apenas se puede andar por ella. Alguna de estas ha costado dos, ó trescientas mil libras; porque sus productos son esquisitos y las piedras preciosas con que las enriquecen son innumerables (1).»

Desearéis saber si los bellísimos surtidores saltan aun en el parque Yuen-ming-yuen; y si despues de la muerte del padre Benoist, tenemos misioneros capaces de reparar los defectos hidráulicos. La máquina que hace subir las aguas al *Castillo de agua*, construida por el padre Benoist, se ha descompuesto en verdad. No han procurado componerla, y los chinos, que no abandonan sus costumbres sino á la fuerza, han retrocedido á ellas prontamente; esto es, han vuelto al empleo de sus brazos. Hay en esta nacion el sistema político de ocupar y hacer vivir á la gente cuya multitud embaraza y cuya ociosidad es peligrosa (2). Sábese, por ejemplo, cuándo el emperador debe ir á pasearse al sitio de los edificios europeos; uno ó dos dias antes se emplea tanta gente en llevar agua, que el inmenso recipiente ó estanque del *Castillo de agua*, se llena y los surtidores elevan sus aguas al pasar el emperador.

En el número de los pabellones dispersos en el parque de Yuen-ming-yuen, hay algunos que solo sirven de lugares de descanso para el príncipe cuando vá á pasear por sus jardines; los otros son habitaciones de la familia imperial. Cada príncipe, hijo del emperador tiene un sitio determinado con sus dependientes, sus oficiales, su servidumbre, etc.

A la edad de veinte y cinco ó treinta años, obtiene comunmente un regulado ó gobierno, y entonces abandona á Yuen-ming-yuen, para venir á Pekin. Cada cuartel de esta gran ciudad tiene palacios magníficos para los príncipes ó reyes vasallos del imperio, y muchos de estos edificios han sido levantados bajo la precedente dinastía. Estos régulos con toda su servidumbre se hallan en estado de apaciguar las conmociones populares y de apagar los incendios; y tienen la obligacion de acudir los primeros al sitio del peligro, sobre todo cuando está amenazado el recinto del palacio (3).

(Se continuará.)

G.

EL PARAISO DE LA ÓPERA.

¡Música á todo trance! ¡Ópera á muerte! Esta es la divisa del paraiso.

¡Valentísima falanje, que impertérrita resiste al hielo, al huracan, al aguacero y á diez representaciones seguidas del *Ballo in maschera*.

Riánse ustedes de aficionados: el aficionado propio, único, heróico, es el asiduo concurrente al paraiso, lugar en donde se encuentran representadas todas las clases, inclusas las pasivas.

¡Qué es ver en noche de estreno aquel apiñamiento de personas de ambos sexos, aquella animacion, aquel encogerse todos para tener siquiera un brazo libre, y aquel continuo subir y bajar de rezagados que por mas que les advierten no quieren persuadirse de que no hay sitio!

El aficionado fino en noche de estreno toma café una hora antes de la acostumbrada y encamina su rumbo en seguida á las alturas paradisiacas.

Es hombre que si con ciento ha hablado durante el dia, á todos ha hecho la misma pregunta:

—¿Va usted hoy al *Real*?

En el paraiso se escucha con religioso silencio la sinfonía nueva; del paraiso salen, al levantarse el telon, las voces de ¡callarse! ¡que se callen! ¡en el paraiso suenan los primeros *bravos* que estimulan é inspiran confianza al cantante novel; aquel gran jurado, siempre espontáneo en sus fallos, es el que libertó á Madrid de la Grissi, ni mas ni menos.

El concurrente al paraiso, ya lo hemos dicho, es apasionado é incorregible.

Podrá hoy silbar á un cantante, echar ternos contra el empresario y mostrarse descontento de la funcion; pero al dia siguiente se le van los pies por el aprendido camino, salvo el volver á silbar y á renegar y á descontentarse.

En dias de estreno ó de resurreccion de ópera ó cantante, hierven aquellos corredores en grupos y en animados diálogos.

Allí la clasificacion del género musical, de las voces y de las escuelas de canto; que aunque no son músicos de profesion, son tercos en sus aficiones y están penetrados de filarmonía hasta la médula de los huesos.

Por esto se interesan vivamente por la salud de Rossini, y refieren genealogías de músicos y cantantes, y saben qué empresarios quiebran al año y qué teatros de ópera están subvencionados y las condiciones artísticas y cabida de todos los de Europa.

Los supérfinos son aquellos que á cada entreacto salen á los pasillos á conversar y aun á disputar de música esclusivamente. Cierto qué suelen comprar *La Correspondencia*; pero suspenden la lectura del despacho mas importante para acudir á la defensa del *si, sol, la* de Roppa ó para convencer un ánimo reacio al *in questa mura* de Ronconi.

La ópera encierra todas las relaciones antropológicas del paraiso.

Cualquier amante despechado se aburre en el café, en el teatro, quizá en todas partes; pero si este amante pertenece al gremio del paraiso, le vereis pasearse solo y huir del bullicio de los pasillos, y cuando otro cualquiera esclamaria «que sea yo tan necio que aun la quiera,» él canta:

¡Ah, perche non posso odiarti!...

Este es el que en cruda noche, á deshora, lloviendo á cántaros, habreis oido transitar paso á paso por vuestra calle, y cuando vosotros, á pesar de la chimenea y del abrigo tiritais en continuos estremecimientos, él dobla gallardamente la esquina cantando:

Ecco ridente il cielo...

Este es el mismo que al ver un hermoso dia resuelve dar un paseo y mientras se pone la corbata murmura:

Orrida è questa notte...

El asunto es cantar.

Algunos recuerdan con grave pena las dos ó tres noches del año cómico que dejaron de asistir á la ópera, y es bien seguro que siempre hallareis motivada por causas muy importantes esas faltas de asistencia.

Hay quien suele gozar la dulce satisfaccion de oir la ópera al lado de su amada. Estos acuden siempre muy temprano y procuran tomar un asiento céntrico en los bancos mas bajos.

¡Qué gusto es verles, dándose y devolviéndose los gemelos; esplicarle él al oido qué significa el breve recitado del *partichino* que hace prorumpir en una jubilosa é interminable romanza á la tiple!

Gritan abajo:

Vi'n mi ripeti io t'amo...

Ellos arriba se vuelven á un tiempo á mirarse.

Siguen abajo.

T'amo d'immenso amore...

Ellos arriba se pisan cruelmente los pies. El sonrie dichoso; ella se abanica con furor...

—¡*Bravo, bravo*!

Todo el mundo grita: *bravo*: ellos tambien: palmotean con entusiasmo, puestos en pie; aprovechan el momento de sentarse para un sabroso apreton de mano y en este momento suele despertarse la madre, si la hay, porque muchas jóvenes se encuentran en el paraiso como Eva; es decir, sin madre.

Tambien acude un bello sexo fronterizo al canto: ex-coristas, hermanas de coristas, hijas de coristas, cuñadas de coristas, coristas que solo lo han sido un dia y casi coristas. Son aproximaciones y analogías del género corista, saben la historia pública y privada de las coristas reales y efectivas, y cada vez que éstas salen á la escena, hallan aquellas materia para largos cuchicheos, sobre el... fulano, el traje, la voz, el casero y cuanto á coristas femeninas atañe y pertenece.

Frecuentan el paraiso ciertas mujeres ó llámense señoras, que no sabríamos calificar.

A ver si nos entendemos por medio de esta frase: «¡si la hubiera usted visto el año pasado!»

Con esta esclamacion se suele dar á entender que la mujer de quien se habla ha perdido ya sus encantos; pero que los ha perdido muy recientemente. Mujeres que no siendo hermosas, hacen adivinar que lo han sido; que á no ser por un accidente cualquiera, aun quizá lo serian.

Pues bien, esas son las aludidas. Esas son las que van al paraiso despues del año... pasado.

Han sido por lo general de hermosura sólida, de mucha resistencia, imaginacion voluble, buen paladar, poco caudal, frioleras, nerviosas, y corazon... el corazon compatible con las enumeradas condiciones.

Quédales todavía el espíritu valiente: mas ¡ay! ya lo dijo el poeta:

«La flaca, vil materia
Comienza á desmayar;»

Con este estado psicológico viene á coincidir en ellas fatalmente la necesidad del ahorro y de todos los demás departamentos del teatro, despues de pasar por los palcos por asientos, acaban en el paraiso.

Sucede en el paraiso que el escenario no se ve desde la mayor parte de los asientos. Así, cada vez que sale por primera vez un cantante nuevo, hay un levantamiento unánime de sexo femenino.

—¡Sentarse! ¡que se sienten! gritan los de detrás. Hay aficionadas que se obcecan en seguir de pie, y entonces un chusco que á fuerza de ir al paraiso la ha oido nombrar, sale voceando.—¡Siéntate, Inesita! con gran sorpresa de la culpable y no menos risa de los circunstantes.

Cuando se estrena decoracion, ó cantante femenino entonces son los señores del sexo feo los que se levantan y dan lugar á la grita. Y el que tarda en sentarse es objeto de cómicas imprecaciones en que salen á relucir sus narices, ó su calva ó su obesidad, estableciéndose en consecuencia un prolongado tiroteo de pullas entre los interpelantes y la víctima.

Asoman de cuando en cuando por el paraiso ciertos corsarios que con poco miramiento abordan á la primera mujer que ven á su alcance y mas de una vez ha sucedido que en medio de profundo silencio un solemne bofetada ha esplicado con su sonoridad todo el atrevimiento del pirata y toda la energía de la persecucion.

A veces, sin saber por qué surge una disputa allá en lo alto. Dos ó tres gritos, grupos de gente de pie arremolinada, los demás espectadores volviendo la cabeza hácia atrás, los que ocupan las escaleras, subiendo; sitio del alboroto. Esto dura largo rato. Despues aparece á la parte opuesta un municipal mirando al techo, vá subiendo poco á poco hasta la mitad de la escalera y lo tiene todo tan bien calculado, que al llegar allí ya se apaciguaron los ánimos y puede volver á su sitio favorito sin menoscabo de su responsabilidad y del órden público.

En el público de que tratamos es donde se pone en su punto la verdad de que «la música las fieras domestica.» Indudablemente la asistencia diaria al paraiso imprime carácter, modifica en cierto sentido los impulsos del corazon humano y hasta llega á crear espíritu de cuerpo.

Hombres que se han mirado con indiferencia durante muchos años, acaban por apreciarse de veras si se encuentran con frecuencia por aquellas latitudes.

Vereis á un amigo vuestro conversando con un desconocido, mostrándose cortés, afable, benévolo, cordialmente obsequioso, y acaso imagináreis que es su pariente, su protector, su socio en una empresa de importancia. Preguntadle y os contestará:

—No sé cómo se llama; le conozco solo del paraiso.

Esto le basta.

Y dia vendrá en que la actual juventud habrá dejado de serlo y esclamará:—¡Qué paraiso aquel, cuando yo era muchacho!

ROBERTO ROBERT.

A UNA POETISA.

POESÍA DEDICADA Á LA SEÑORITA DOÑA JULIA SAURA.

Hay una edad en la vida
en que, por senda florida
y entre venturosa calma,
alegre discurre el alma
de dicha y de amor henchida.
Tiempo en que todo la inspira;
tiempo en que todo es placer,
en que inocente se admira
de cuanto ve, toca ó mira:
sin llegarlo á comprender.
En el que allá en lontananza
una luz brillante alcanza,
que dicha eterna asegura,
luz que espléndida fulgura
y es la luz de su esperanza;
Y corre tras de su lumbre
libre, gozosa y sin tino
sin pensar qué es su destino,
por mas que aquella la alumbre,
tropezar en el camino.

—

En esa edad venturosa
de paz, de entusiasmo y fe
inocente caminé
por esta senda engañosa
en la que al fin tropecé.

. . . . . .

Con sus variados colores
me entusiasmaba la flor,
las auras con sus rumores,
con su voz los ruiseñores,
las selvas con su verdor;
Me era grato el manso ruido
de la fuente bullidora,
el arrullo dolorido
de la tórtola, que llora
por su dulce amor perdido;
Y en la amada soledad,
lleno de inefable encanto,
con la voz de la verdad
solia entonar mi canto...
¡canto de felicidad!

---

(1) Muchos de estos objetos han venido á Europa, y aun los tapices de los Gobelinos despues del saqueo del palacio de verano.

(2) Hoy mismo es esta una de las causas de las conmociones de la China.

(3) Khubilaï-Khaân, apoderado ya de la China en 1260 y despues de haber fijado su residencia en Pekin, estableció esta organizacion, dirigida especialmente á sofocar los motines populares.

. . . . . .

Mas ¡ay! que un dia llegó,
en que cruel el desengaño
en mi pecho se cebó,
y en él tan solo dejó
recuerdos que le hacen daño.
Do quier que vuelva los ojos,
miro con do'or profundo
un mundo lleno de abrojos,
muy diverso de aquel mundo
que forjaron mis antojos;
Aquellas dichas divinas,
memorias amargas son;
las gayas flores, espinas;
mentira tanta ilusion,
aquellas torres... rüinas.
Aquel corazon ardiente,
entusiasta y soñador;
un corazon indolente,
que, ajado por el dolor,
ya no se admira ni siente.
Y abandonado el destino
prosigue su viaje incierto
en este *mundo mezquino*
como errante peregrino,
que se perdió en el desierto.

. . . . . .

Tú, que gozas todavía
de aquella dichosa edad,
cuya ardiente fantasía
canta su felicidad
con acentos de alegría,
Cuya alma inocente llena
del gozo que la fascina,
vaga entre flores serena
sin saber que hay una espina,
tras de una flor, que envenena;
Y del mustio corazon
fiera y sin piedad arroja
una tras otra ilusion,
como arranca el aquilon
al árbol hoja tras hoja,
¡Ojalá corran tus años
con imperturbable calma,
sin que con torpes amaños
alcancen los desengaños
á encontrar asilo en tu alma!
Y si es tu sino fatal
que la desventura apague
de tu esperanza el fanal,
cuando tu alma en campo erial
perdida entre espinas vague,
Recuerda que igual camino
con abrojos tropezando
sigue triste un peregrino,
que ageno de su destino
empezó á vivir soñando.

JOSE T. DE AMELLER.

La cúpula de la iglesia de San Estéban en Viena ha presentado *hace poco un fenómeno notable*. Desde el estremo superior del águila que la corona, se elevaba hácia el cielo una especie de columna de vapor. Muchas de las personas que pasaban entonces por la calle, comenzaron á gritar: «¡fuego!» hasta que se vió que la causa de este fenómeno debia atribuirse al estado atmosférico. Este fenómeno tuvo lugar por la mañana.

—

Los coleccionistas de *curiosidades* y *objetos antiguos* en Inglaterra, se han estado ocupando hace poco y deshaciéndose en conjeturas acerca de una caja de rapé encontrada recientemente. Esta caja es de cobre, de forma ovalada y tiene una cifra de tres letras en la tapa. En el fondo de la caja hay un letrero que dice: Ol. Cromwell, 1649. Los adornos y los caracteres son evidentemente de aquella época, pero ¿le servia esta caja á Cromwell para ocultar los despachos secretos ó hacia uso de ella porque tomaba rapé? Hé aquí una cuestion que no se ha resuelto aun.

—

Segun noticias recientes de Melbourne (Australia), se ha hallado otra vez un huevo gigantesco del ave llamada moa, de la Nueva Zelanda. Este huevo es de un color blanco sucio y de 10 pulgadas de largo. Ha sido descubierto por un trabajador á algunos pies de profundidad debajo de tierra, en las manos del esqueleto de un maori, que estaba enterrado y sentado, con las dos manos que *sostenian el huevo*, *levantadas hácia la* cabeza; es indudable por lo tanto que el moa ha pertenecido á nuestro período geológico actual. Los rebuscadores de oro que van de un punto á otro, pretenden haber visto algunos de estos pájaros y hacen su descripcion.

FÁBULA.

Hace pocas noches
que por el tablero
no diré corria
volaba un rey negro;
desde su casilla
el rey blanco puesto
le vió y dijo: «tente,
amigo, ¿qué es eso?»
—¡Qué ha de ser! responde,
¡*sin aliento llego*!
tu reina y tu torre
me vienen siguiendo.
—Ya sé que te siguen,
desde aquí los veo,
pero no es la reina,
que es el alfil negro.
—¡Alfil, dices, tonto,
si, como mi abuelo,
es reina y muy reina,
bien vistá la tengo,
digo que es la reina!
—Digo que alfil negro.
En esta disputa
el alfil corriendo
pilla descuidado
al pobre rey negro
y le planta el mate
sin decir ni el credo.
Los que por cuestiones
pierden así el tiempo,
no olviden la suerte
fatal del rey negro.

R. CANEDO.

PROVERBIOS EJEMPLARES.

MI MARIDO ES TAMBORILERO, DIOS ME LO DIÓ Y ASI ME LO QUIERO.

(CONTINUACION.)

—Eso no—replica el baron;—vengan, pues, las copas y los *bizcochos*.

La cocina está llena de humo; no ha tenido la criada la precaucion de apartar, antes de salir, la cazuela del asado, y la gallina es un carbon. Don Pablo, amigo de que todo esté en su punto á la hora de comer, va á *refunfuñar cuando lo sepa*.

Mientras Dolores arregla el alimento de su madre, y el tente-en-pié del baron, este dice á doña Toribia, para preparar el terreno.

—Señora, tiene usted una *bruja*; esa preciosa criatura merece un trono.

—Lo que es en eso no dice usted nada de mas; no la cambiaria yo por una reina. Es obediente, buena, hacendosa...

—No le faltarán golosos ¿eh, doña Toribia?

—¿Yo qué sé?

—Si yo me decidiese á casarme, pediria al cielo que me proporcionara una esposa de sus prendas.

—¡Es usted soltero!

—Si señora; y ¿sabe usted por qué lo soy? Porque no encuentra uno por ahí mas que trastas y locas.

—Mi Dolores, á Dios gracias, no es de esas.

—¡Qué ha de ser! Ya se le conoce en la cara. ¡Qué bien sentaria el título de baronesa á una jóven tan cabal! Entonces se realizaria el imposible de ver la nobleza unida á la hermosura y á la virtud. ¡Lástima seria—añade el baron, acordándose de Crispin—que viniera á caer en manos de un hombre que no supiese apreciar tesoro semejante! ¡Es hacendosa! ¿Ha dicho usted que es hacendosa?

—Si señor.

—*Yo tengo el vicio opuesto; soy el hombre mas descuidado* para mis intereses; yo necesitaba una mujer así... hacendosa... para hacerme salir de la indolencia que me caracteriza y será causa tal vez de que personas estrañas, y sin el menor derecho, se apoderen de una porcion de mayorazgos que deben recaer en mí.

—¡Qué lástima! esclama doña Toribia.

—¡Qué quiere usted, señora! Genio y figura hasta la sepultura.

El baron, servido por Dolores, toma un sorbito de Jerez y medio bizcocho, haciendo que las damas le prometan aceptar el fruto de *sus* pinares fantásticos, y luego se despide, rogando á doña Toribia que le disculpe con su marido, á quien, por falta de tiempo, no podrá tener el gusto de saludar en la tienda.

VI.

El noble tronado volvió á visitar á la familia de No. Contentóse al principio con una vez á la semana, despues fué acortando las distancias entre visita y visita, hasta que, por último, las *hizo cuotidianas*.

Como ya el baron no tenia letra alguna que cobrar, don Pablo entró en sospechas con respecto al desinterés de tan entrañable amistad. En su casa no habia mas que tres personas; él, su mujer, y su hija. Que de él no debia estar prendado el baron, hallábase convencido hasta la evidencia; tanto por la homogeneidad de sexo, cuanto porque su figura, desapasionadamente considerada, no era la mas propia para inspirar pasiones volcánicas, ni aun casi apacibles: de doña Toribia, señora de edad provecta y volúmen estupendo, solo un marido loco rematado, ó tonto de capirote, podria tener celos: doña Toribia estaba, pues, asegurada de incendios. Decididamente el baron iba allí por la hija, por D lores, y así se lo manifestó á su mujer.

Lo que entre los dos consortes se habló despues de comunicar sus sospechas don Pablo á doña Toribia, cosa es que no he podido averiguar; solo me consta que don Pablo dijo al concluir la conversacion (contestando *á su mujer, que habia pintado la conveniencia de* una alianza con tan ilustre personaje como el aristócrata, para variar de posicion): *mi marido es tamborilero, Dios me lo dió y así me lo quiero; dejemos estar las cosas y no tentemos al diablo.*

Cónstame, asimismo, que el baron dirigia á la jóven miradas de singular fuerza absorbente, y frases tan floridas que cada una era un mes de mayo; que Dolores siguió respondiendo á sus galanterías con monosílabos de sentido ambíguo, y su madre soñando despierta, con los mayorazgos, carretelas, fincas rústicas y urbanas y otras mil cosas de que oia hablar, al baron, en los frecuentes relatos que éste hacia de sus grandezas pasadas, presentes y futuras.

En los momentos que la casualidad dejó á solas con doña Toribia á su presunto yerno, supo éste aumentar de tal modo las ambiciones de aquella, que la incauta mujer casi se avergonzaba ya de la oscura y sosegada condicion en que vivia, y no por ella, sino por su hija.

Crispin era quien perdia terreno en el cariño de doña Toribia. ¿Por qué? Lo ignoro, y repito: ¡Arcanos del alma!

VII.

Una tarde (era domingo), volviendo el baron de la Montaña del Príncipe Pío, ve de repente en el Campo del Moro á *doña Toribia*, Dolores y *Crispin*, que se han echado encima lo mejorcito del baúl. Al atisbarlos, trata de retroceder para escabullirse por los pretiles de Palacio; pero la anciana le ha conocido, y destaca en su busca á Crispin con un horroroso mensaje. Lleva el *mancebo el encargo de invitarlo á pelar naranjas, en* amor y compañía, ya sentándose sobre la verde yerba, ya en los sillares y trozos de columnas que á dos pasos tienen.

El baron ha aplaudido tiempo atrás la idea de cascar piñones al sol, declarándose partidario acérrimo de todo lo campestre; la escapatoria es actualmente imposible.

Mientras Crispin le da cuenta del mensaje, siente el baron impulsos de estrangularlo. El pícaro del hortera, generalmente mudo y huraño, por motivos fáciles de adivinar, se complace ahora en mortificarlo con una amabilidad que el baron no hubiera imaginado en él.

El aire es tibio; la luz de primavera; deshácense los pájaros á cantar en las vecinas arboledas, y la solana dice á los paseantes: «venid acá; la ocasion la pintan calva; corred, no seais niños, que acaso llueva pronto y no podais disfrutar en quince dias de otro como el de hoy.»

Al contrario el baron; el cual brama interiormente, pidiendo á Dios que abra las cataratas del cielo ó el seno de la tierra, antes que ponerse en evidencia á los ojos de personas de todas clases que por aquel sitio pasean.

¡Deseo vano! Esperanza tiene que ceder, y haciendo de tripas corazon se acerca á las damas, á quienes *saluda con alegría, volviendo la cabeza á todos lados*; acaso tema que le observen.

A lo que sí se resiste es á lo de sentarse; le ha ocurrido una idea feliz: dice á las señoras que, llamado á Palacio para un asunto político urgente y de interés para el país, las deja con sentimiento; pero dándoles mil seguridades de que si despacha pronto, volverá en un vuelo y sabrán quién es el baron de la Esperanza, en cuanto á pelar naranjas y cascar piñones.

Doña Toribia celebra el patriotismo del baron; Dolores no dice palabra, y Crispin, poniéndose por mandil un pañuelo de seda, principia á pelar naranjas, dando á la mujer y á la hija de su principal las mas jugosas y dulces piernas.

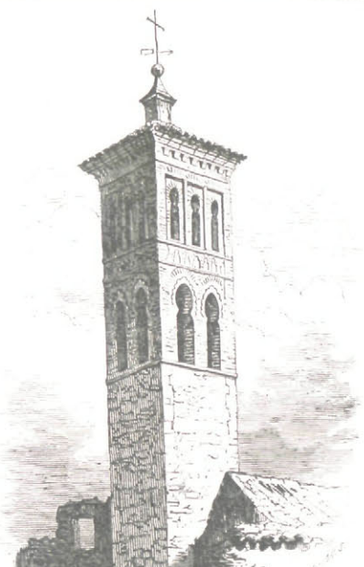
A la caida de la tarde abandonan el paseo, sin tener el gusto de ver de vuelta de Palacio al baron. Disculpémosle: la patria es antes que todo.

VIII.

Muy perentorias deben ser siempre las ocupaciones del baron de la Esperanza, porque el eclipse de su importante persona se efectúa cuantas veces le pone públicamente la casualidad en presencia de doña Toribia, de don Pablo y de Dolores. Yo respeto su vida privada; acaso en el santuario del hogar doméstico esté atareadísimo noche y dia, por mas que nunca se haya sabido *en qué*; pero fuera de él seria calumniarlo suponer que

MONUMENTOS DE TOLEDO.

LA FÁBRICA DE ARMAS.



TORRE DE SAN ROMAN.

se ocupe en cosa alguna; baste decir que ni siquiera tiene que asistir á una oficina; que no es empleado.

Existencia tan fatigosa y tan útil en nada influye, sin embargo, sobre el cumplimiento de promesas hechas á la familia de don Pablo No; y algun elogio merece el hombre que, en medio de sus graves tareas, (pues doy por supuesto que el baron está continuamente *cocido en obra*) hace un momento de lugar para dedicarse á cosas de menor cuantía. El baron, que no pudo pelar naranjas, ni cascar piñones en el paseo del Campo del Moro, habia mandado con el prudente Crisóstomo media carga de piñas de *sus* pinares, para doña Toribia y Dolores, amen de otras varias finezas que les hizo, como pastillas, caramelos, etc. con gravámen de su escuálido bolsillo.

Don Pablo, á pesar de no haber saludado jamás un libro de astronomía, pretende suplir con su natural instinto la falta de tan provechosos conocimientos, y esplicarse los frecuentes eclipses del astro que ha aparecido en el horizonte de su casa; pero hasta la noche de que voy á hablar los esfuerzos de su imaginacion no dieron otro resultado que vagas sospechas y congeturas.

Sintiéndose él y su consorte aliviados de sus respectivas dolencias, acuerdan ir al teatro del Príncipe, cuyos carteles anuncian la representacion de *El pelo de la dehesa*. Dicho y hecho: Un cuarto de hora antes de encenderse la lucerna, ocupa la familia de No tres butacas de una de las primeras filas. A la derecha de doña Toribia queda una vacía, al principiarse la comedia, y vacía sigue durante el primer acto. Como á cosa de la mitad del segundo, óyense los pasos de un nuevo espectador; este espectador no es otro que el baron de la Esperanza, el cual acaba de pagar, en dinero contante y sonante, en el despacho de billetes, el precio justo y cabal de la butaca vacía.

¡Aquí de los sudores del baron, al encontrarse con la familia de No á la izquierda, y con la del duque de** conocido suyo, á la espalda! ¡Aquí de sus angustias, al tener que hablar y sonreir á doña Toribia, que á cada chiste de los personajes de la escena rompe, ya en esclamaciones frecuentes de júbilo, ya en ruidosas carcajadas que atraen hácia ella la atencion de la concurrencia!

La mujer y la hija del duque felicitan en voz baja á su noble amigo, así que cae la cortina, por lo mucho que goza; á lo cual contesta él, en alta voz, que, no obstante las apariencias, sufre estraordinariamente, pensando en un primo suyo recien sacramentado, y á quien vá á ver sin demora y á velar toda la noche. En efecto, despídese en seguida de las personas mencionadas, y la suya desaparece antes de levantarse el telon.

—¿Sabes lo que digo?—pregunta don Pablo á su mujer, luego que los dos se quedan á solas en su casa—Pues digo que el tal baron de la Esperanza se ha figurado, como la marquesa de la comedia, que yo soy una especie de don Frutos Calamocha, y lo que busca son mis cuartos. Ese hombre se avergüenza de nosotros, huye de nuestro lado cuando hay quien le observa: es un trapisondista de los largos.

Estas observaciones, mil veces hechas ya por el comerciante, adquieren despues de ver la célebre obra del Terencio español, tal carácter de verosimilitud que doña Toribia se queda pensativa; pasado un instante, responde:

—Con todo, no hay que aventurar malos juicios; dejemos al baron que se esplique, y en el caso de que nos pida la mano de Dolores, veremos si nos conviene o no este partido.

—Repito que no nos conviene.

—Eso es hablar de la mar.

—El que nos conviene es Crispin, á quien hace tiempo miras de mal ojo. ¿Ha de ponerse el baron á despachar cominos y bacalao? ¿Querrá levantarse con el dia para abrir la tienda?... Pues si le mandamos barrerla como á Crispin, puede que nos arroje la escoba á la cabeza.

—¡De modo y manera que si un señor como él ha de hacer lo que Crispin!

—Lo que yo quiero y necesito es un hombre honrado y cuidadoso de mi hacienda, en quien descansar enteramente, para que la casa que á fuerza de tiempo y de trabajo he ido levantando no se venga al suelo.

—¡Vaya, vaya, Pablo! ¡Bien nos gustaria que llamasen baronesa á Dolores!

—Toribia, cada oveja con su pareja. Yo no me pongo en ridículo por todas las baronías del mundo; y hago mal, muy mal en llenar de humo la cabeza de la chica. La fortuna, que ella no tiene vanidad, pues si la tuviese!

(*Se concluirá.*)

VENTURA RUIZ AGUILERA.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 12.

COMPUESTO POR DON AURELIO ABELA.

NEGROS.

BLANCOS.

(LOS BLANCOS OBLIGAN Á LOS NEGROS Á DAR MATE EN NUEVE JUGADAS.)

LA SOLUCION SE PUBLICARÁ EN OTRO NÚMERO.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. 10.

Blancos.	Negros.
1.° A 5 A D Jaq.	1.° C 5 D Mejor.
2.° D 5 C D Jaq.	2.° D 4 D
3.° P 5 C R	3.° C t D
4. C t P A R Jaq.	4.° R 4 A R.
5.° C t P R Mate.	

SOLUCIONES EXACTAS.

Café nuevo del Siglo, don V. M. Carvajal, don E. de Castro, don G. Dominguez, don J. Alba, don A. Sainz, don J. P. de Madrid; don R. de la Figuera, de Lérida; don Juan Martinez, don J. Nuñez de Haro, casino de Tobarra; don Francisco S. Tordesillas, casino de Ronda.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. 11.

1. P 4 R	1.° P t A
2.° C 5 D	2.° A 5 A R.
3.° P 5 A D Mate.	

SOLUCIO ES EXACTAS.

Café nuevo del Siglo, don V. M., don G. Dominguez, de Madrid; don R. de la Figuera, de Lérida; don J. Nuñez de Haro, don Juan Martinez, casino de Tobarra; don Francisco Tordesillas, casino de Ronda.

PROBLEMA COMPUESTO POR UN ANDALUZ.

NÚM. IV.

Blancos.	Negros.
R 2 R	R 4 R
T 6 A D	T 4 D
A 6 T D	C 2 C R
C c D	C 5 T D
P 2 A R	P 6 C R
» 5 R.	» 4 A R
	7 D
	4 A D.

Los blancos dan mate en tres jugadas.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Largo es el tiempo y pesado—al que está de centinela,—ligero al enamorado,—pues le parece que vuela.

AVISO.

Los señores suscritores á EL MUSEO UNIVERSAL que optaron por algunas de las obras señaladas en el prospecto han recibido:

El tomo 4.° de *La Santa Biblia*.

El tomo 4.° del *Nuevo Viajero Universal*.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSÉ GASPAR.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.